



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 15 de Marzo de 1884.

NÚMERO 22.

EL CREDO.

—):—

El Credo, simbolo de nuestra fé cristiana, fué formado por los Apóstoles despues de ascender al cielo N. S. Jesucristo y antes de que se separasen entre sí para predicar el Evangelio por todo el mundo.

Consuela ver como aquellos discipulos del Señor despues de afirmar las verdades que habian oido á su Divino Maestro, fueron uno á uno sellando su fé con su propia sangre. ¿Qué prueba más viva puede darse de una verdad que se predica, que derra... ar la sangre para sostenerla? ¿Que firmeza no encerrarian los corazones de aquellos hombres que acababan de ver los milagros con qué el Salvador probaba la divinidad de su doctrina?

San Pedro fué el primero que dió principio, diciendo: *Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.*

Despues continuó San Andrés: *Y en Jesucristo, su único hijo nuestro Señor.*

Santiago el Mayor añadió: *Que fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa Maria Virgen.*

Despues San Juan su hermano continuó diciendo: *Padeció debajo del poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado.*

Tocóle despues á Santo Tomás y dijo: *Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos.*

Despues añadió Santiago el Menor: *Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios, Padre Todopoderoso.*

En seguida dijo San Felipe: *Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.*

Creo en el Espíritu Santo, añadió San Bartolomé.

La Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, pronunció San Mateo.

El perdón de los pecados, dijo San Simón.

La resurrección de la carne, dijo San Tadeo.

Y la vida perdurable, exclamó por último San Matías, cerrando el número de los catorce artículos de nuestra fé.

Hay que ver ahora como estos hombres alimentados por el Espíritu Santo supieron sostener la verdad contenida en las palabras del simbolo que habian formado.

San Pedro, cabeza de todos ellos, fué crucificado en Roma, á imitación de su Divino Maestro, pero con la cabeza hácia bajo, á petición suya, pues no se consideraba digno de morir en la misma forma que habia muerto Aquel.

San Andrés fué martirizado en Patras, azotado y fijado tambien en una cruz en la que permaneció vivo dos dias durante los cuales, á pesar de sus horribles tormentos, no cesó de predicar el Evangelio.

Santiago el Mayor fué desollado vivo en Jerusalem.

San Juan fué introducido en una tina de aceite hirviendo de la que milagrosamente salió ileso, para ir desterrado á una isla, muriendo despues en Efeso.

Santo Tomás fué muerto á lanzadas en Calamina.

Santiago el Menor fué apedreado primero, arrojado despues desde una gran altura, y rematado despues, de un golpe de palo.

San Felipe fué azotado y muerto á pedradas.

San Bartolomé fué desollado y decapitado.

San Mateo fue muerto de un hachazo en Etiopia,

San Simón fué aserrado por medio en Persia.

San Tadeo fué decapitado en el mismo país.

Y por último, San Matías acabó, tambien en Persia, su vida, entregando la cabeza al verdugo, despues de haber sido apedreado.

Así se ha levantado el edificio de nuestra fé. Con sangre de mártires y sacrificios de Santos.

Quiera Dios que esta sangre y estos sacrificios no sean estériles para nosotros, hijos del siglo de la duda, de la impiedad y de la indiferencia.

LA RESIGNACIÓN PERFECTA

—):—

Lo que vamos á referir no es invención nuestra: es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas*, que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observación, los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentir las y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la indole de cada pueblo: este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones, que adornaban sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

Hé aquí como nos fué referida esta fábula, por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Tifiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *mochillero*, es decir contrabandista al por menor en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares despues, viñedos

más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que vá á besar mansamente la roca en que cual una blanca gaviota se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía que arranca de la sierra de Ronda y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de yedra; de las dehesas sin término en que se crían las torradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que como inmutables obras de Dios á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura solo puede formar idea el que la haya contemplado, como nosotros, repetidas veces, al paso de un caballo que solo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excursiones á que nuestras aficiones de joven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía en los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su *marselles* remendado, y el peso de sus setenta años.

—¿Que hora es, tío Pellejo? pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente á las estrellas, y contestó sin vacilar:

—La una y cuarto.

—Me parece que el reloj de V. se ha parado, dije yo chaneándome.

—Pues no se duerme el Señor que le dá cuerda, replicó el tío Pellejo.

—¿Pero no vé V. que á las doce salimos de la venta del Mimbrial, y que por lo menos llevamos ya tres horas de camino?

—Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come; replicó el tío Pellejo. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya mas dares ni más tomares... ¿Vé V. allí las tres hermanas? prosiguió señalando las tres estrellas del cinto de Orión; pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña de Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora despues, caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hácia la sierra de San Cristóbal... Véalas su mercé como ya van cayendo.

Y al decir esto, me mostraba con el dedo la vía lactea, que empezaba efectivamente á ocultarse tras de la sierra indicada.

—¿Y por qué llama V. á esas estrellas, lágrimas de la Virgen? pregunté yo deseando saber el significado de esto.

—Pues por lo que al pan se le llama pan, y al vino vino; contestó sencillamente el tío Pellejo. Ese monton de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogían, y Dios las iba colocando en el cielo... Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vinósenos á la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el pincel de Rubens y ensalzan críticos y poetas.

¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que si bien no ha encontrado ningun Rubens que la pinte, ni ningun critico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazón, que se complace en ver en María, la madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero.

—¿Quién le ha contado á V. eso, tío Pellejo?

—Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... A mi no me lo ha contado *naide*; pero mire V. señorito, una vez me lo recordó mi mujer que esté en gloria, casi en este mismo sitio; un poco más hácia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenía tres hijos; á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro!... chana (1) no tenía ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba; pero tenía un *illo illo* en el cuerpo que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡Misté yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba.

Una tarde ví llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fui allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de Africa, y por él se supo que de los tres

mios, había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; al segundo lo mató á traición un moro en una trinchera; y el tercero, Sebastian, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana, y le di la noticia... La mujer se encogió como si se viera venir encima el torreón de Tempul: los ojos se le desencajaron, se puso más blanca que un papel.

—Vamos á Algeciras, Cristóbal, me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujáa* en un pañolon, rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras, y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo, creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo: pero aquella pena me había derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga!... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... Me cegué!... me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que vá creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del juicio: se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—¡Calla esa lengua, Cristóbal!... ¡Calla esa lengua: que bien m ereces que Dios mate á tu último hijo!

—¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías? grité yo más furioso.

—¡Porque somos pecadores! contestó con una voz que parecía un juez sentenciado á muerte... Mira, añadió levantando la mano á esos puñados de estrellas. mira las lágrimas que costamos á María Santísima!... Cuéntalas, si puedes!... Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fui quedando atrás, atrás por verme solo. Miraba yo esas henditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

—¡Virgen Santísima, que por mi lloraste, decía yo á voces; si no supe lo que dije!... Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida!... Madre de misericordia; cúbreme con tu manto!... Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al hospital: preguntamos á un cabo por Sebastian Perez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

—Sebastian Perez, dijo: entró el 23 de Mayo... Salió el 1.º de Junio.

—¿Y para dónde ha salido, preguntó Chana.

—Para el Campo-santo, con los piés por delante, respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frio de cuartanas.

—Vamos al Campo-santo, dijo.

Y fuimos al Campo-santo; pero lo habían ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un Padre Cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo á hilo. A la vuelta caminamos siete horas, sin decir palabra.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abrevar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

—¿Qué haremos ahora, Chana? pregunté yo, hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

—¿Qué haremos? dijo. Lo que dice el Padre-nuestro, Cristóbal... Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...

Yo me eché á llorar como una criatura: porque aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella mujer, que no era mujer de carne y hueso, si no un ángel del cielo.

—Cristóbal, me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo; había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer é hija, y labraba un hacedillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuése derecho al Cristo del Mimbrial y postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor que hace madurar los trigos del campo.

—¡Señor! decía alzando sus cruzadas manos. Conserva mi

(1) Diminutivo de Sebastiana que se usa en Andalucía.

cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo.

El Señor no escuchó sin embargo las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida, llamó á su puerta la miseria.

—¿Cómo ha de ser! dijo entonces á su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos.... El benjefirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

—¡Señor, decia; postrado ante la imágen; salva su vida!... No dejes á mi hija sin madre!... Devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días, dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

—¿Cómo ha de ser! se dijo Juan entonces. El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

—¡Señor! decia, apoyando su frente en la reja; salva á mi hija!... Anciano soy y desvalido... ¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto?...

Juan volvió á su casa esperanzado: acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil: palpó su frente y la encontró yerta: tocó su corazón y ya no latía... Pidió entonces de limosna una mortaja blanca; hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió él mismo sepultura á los pies de su madre.

—Perdí mi cosecha!... Perdí mi mujer!... Perdí mi hija!... pensaba Juan volviendo á su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... Nada le pediré!...

Y diariamente seguía yendo á la Capilla; se arrodillaba humilde ante el Cristo; cruzaba paciente las manos: bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás; ya no suplicó nunca. Solo decia aquel modelo de cristianos.

—¡Señor, aquí está Juan!... Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó á las puertas del cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—¡Señor, aquí está Juan! dijo. Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par... El tío Pellejo, al acabar su relación, guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

—¿Y qué ha sido de Chana? le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

—A Chana le pasó lo que al caballo viejo; que no resiste tres días de verde, me contestó. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió á levantar nunca. Corazón le sobra; pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura y tres meses despues estaba en la eternidad con sus tres hijos. Yo me quedé solo, señorito: solo!... Solo y sin más hato que el de la botella; el tapon y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á ladrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño á los señores cuando vienen á tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral, me asomo á la Capilla y le digo;

—Señor, aquí está el tío Pellejo!... Setenta años tengo ya... Señor! no se os olvide...

III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como antes dijimos, una bellísima *fabula ascética*, que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignación. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuanta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfección sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pellejo era, en el tiempo en que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español, que ha dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

—¿Qué ha pasado por España, Dios mío?... ¿Qué viento asolador ha arrancado á este pobre pueblo su robusta fé y sus sencillas creencias, como arranca el huracan la poderosa vid que vivifica, y las suaves enredaderas que embellece?... Es cierto que ha pasado una revolución impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancado del corazón del pobre, para sembrar el gérmen de la terrible rebelión, aquella alegre conformidad que dice sonriendo, *hágase tu voluntad*; aquella bendita falta de ambición que solo pide, *el pan nuestro de cada día*; aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fé religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... que todo lo asegura!...

Pero tambien es cierto que á veces se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y á ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata no solo de lamentar el mal, sino tambien de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolución impía y esas doctrinas disolventes, encontraron al pobre *resignado*, amparado en brazos de su hermano el rico *caritativo*. Porque la *resignación* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios, para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótese bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo: «Al perder el pobre la paciéncia que le infundía la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza, es cuando ha sentido en toda su brutal plenitud el derecho de la fuerza.»

Por eso preguntamos nosotros: ¿Qué faltó primero en España?... La caridad del poderoso ó la resignación del desvalido?...

Lector: si eres rico, haz esta pregunta á tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio, al pié de aquella imágen de Cristo que oia repetir en otros tiempos al humilde pobre de España.

—¡Señor, aquí está Juan!

LUIS COLOMA, S. J.

(Mensajero del S. C.)

VARIEDADES.

LA FLOR, EL PAJARILLO Y EL HOMBRE.

La flor mostrándose erguida
sobre su tallo gentil,
desplega en el mes de Abril
toda su frescura y vida:
y del sol agradecida
porque con tibios fulgores
hace brillar sus colores,
abre su caliz de grana
y hasta el Cielo envía ufana
sus balsámicos olores.

El pájaro bullicioso
con las alitas plegadas,
bajo las ramas calladas
duerme en tranquilo reposo:
más se despierta gozoso
cuando la rosada aurora
el horizonte colora:
deja la cama del nido:
mira á Dios agradecido
y le canta en voz sonora.

Y el pajarillo y la flor
en su distinto lenguaje,
rinden al Cielo homenaje
de gratitud y de amor:
solo el hombre pecador
lleva una marcha torcida
por la senda de la vida:
y en sus locos desenfrenos
es quien agradece ménos
y quien más de Dios se olvida.

Baldomero Garcia.

UNA OCURRENCIA DEL P. LACORDAIRE.

Decia uno, hace algún tiempo, al reverendo P. Lacordaire, ese gran predicador asombro de la Francia y de la cristiandad.

—No puedo creer en la divinidad del cristianismo; no puedo creer en lo que no comprendo.

—¡Oh! respondió el Padre; lo creéis sin embargo con mucha frecuencia. ¿Comprendeis por qué el fuego hace endurecer los huevos y derretir la manteca?

—No.

—Sin embargo creis en la tortilla.

LA MANO DE DIOS.

Véase lo que acabamos de leer en un periódico de Madrid, y que ha de producir gran sensación en las conciencias cristianas, no ménos que en las de los que tienen la desgracia de no creer en la Justicia Divina.

«Escriben de Armentera al *Correo Catalan* de Barcelona, que el último día de Carnaval salió por las calles una comparsa de enmascarados

que parodiaban grotescamente las ceremonias fúnebres de la Iglesia. El que parecía dirigir la comparsa, entonó el *Requiem*, y cayó muerto al suelo al terminar su canto. Los compañeros, que en un principio creyeron fingida su actitud, se disolvieron con espanto al convencerse de de la realidad."

Y luego dicen que Dios no castiga.

EL OBRERO CATÓLICO.

Con profundo disgusto hemos sabido que nuestro estimado colega *El Obrero Católico*, ha estado á punto de dejar de publicarse á causa de las dificultades con que ha tropezado para su desarrollo.

Es triste, muy triste que esto suceda á los periódicos católicos, mientras el periodismo impio encuentra protección hasta el extremo de hallar quien inmediatamente pague las multas con que la Autoridad castiga sus impiedades.

Tales son los comentarios que se nos vienen á la pluma, que preferimos no hacer ninguno.

Mientras el *pancismo* no baje y el desinterés no suba, estaremos mal. El cáncer social no se cura con aspavientos.

Es preciso que cada cual haga lo que pueda y pueda un poco más de lo que hace.

El Obrero Católico es un buen periódico, digno de protección, y como tal lo recomendamos á nuestros lectores.

Quiera el cielo que nuestra pobre recomendación le sirva de algo, pues en ello tendremos una verdadera satisfacción.

GUERRA Á LA BLASFEMIA.

La institución creada en Barcelona para la especial propaganda contra este impio y asqueroso vicio, no cesa en su novísima tarea de combatirlo por cuantos medios le sugieren su celo y cristiana inventiva. En gran manera oportuno estimamos el que se ha ideado últimamente para infundir horror y asco á á este maldito hábito, y es la difusión de una hoja-cartel, para colocarla en el lugar más visible de la casa ó taller, y que recuerde á todo el que acertare á mirarlo lo ignominioso de esta mala costumbre de blasfemar, y siquiera por vergüenza enfrente la lengua de quien vaya á dirigirla contra la honra de su Dios.

Este cartel en letras muy claras y de rojo color, dice así:

ALABADO SEA EL SANTO NOMBRE DE DIOS.



ESTA CASA ES CRISTIANA:

EN ELLA

NO SE PERMITE BLASFEMAR.

¡Ojalá no hubiese casa, ni sitio de recreo, ni lugar de negocio, ni centro de política, donde no brillase á todas horas esta generosa proclama de los derechos de la honra de Dios, este cartel de guerra á sus audaces insultadores! Harto sabemos que no es posible generalizar de esta suerte tal procedimiento: harto lo sabemos por nuestra desgracia, que tiempos de blasfemia son los nuestros, y no es posible exigir tanto de una sociedad que está toda ella impregnada de ese espíritu infernal. Pero á lo menos hagamos lo que esté de nuestra parte.

PENSAMIENTOS.

La vanidad es la madre del lujo.

El lujo aumenta las necesidades y crea la codicia.

La codicia, enemiga eterna de la justicia, dá lugar á las mayores iniquidades.

Las grandes iniquidades casi siempre traen en pól de sí las grandes venganzas.

Hé aquí como de una simple falta se puede llegar á horrendos crímenes.

Por el contrario.

La humildad disminuye las necesidades y engendra el espíritu de trabajo.

El trabajo acrecienta las virtudes y la prosperidad.

La prosperidad y la virtud hacen al hombre feliz en la tierra.

Hé aquí, pues, como partiendo de la mansedumbre se puede llegar hasta la felicidad.

REFLEXION.

Cristo Nuestro Señor ayunó en el desierto cuarenta dias y cuarenta noches para satisfacer por la gula de nuestros primeros padres y por las glotonerías y embriagueces del mundo; queriendo, en la misma materia que los hombres pecaron, padecer trabajos, para que yo aprenda á castigar mis gulas y desórdenes con ayunos.

Animémonos con este ejemplo á guardar con perfección el ayuno, y aquellos que no puedan por la edad ó la salud cumplir la ley del ayuno, hagan otras obras de mortificación á juicio de sus directores espirituales, ordenando éstas y aquél á los fines saludables que se propone la Iglesia; para satisfacer por nuestros pecados, para agradecer los beneficios recibidos; para alcanzar las virtudes que necesitamos, y para poder lograr nuestra salvación.

MÁXIMA CRISTIANA.

Echad fuera de vuestro pecho al mundo con sus locas vanidades; y fijad perfectamente en vuestros corazones al que por vosotros fué fijado en la cruz.

(S. Agustín)

LA LECTURA POPULAR.

PUBLICACIÓN CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

CON CENSURA ECLESIASTICA.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y cuartos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, religiosos, etc. ó bien deja su distribución al arbitrio de esta Administración para que la haga en las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, establecimientos penales etc. Es pues una verdadera obra de caridad al alcance de todo católico celoso, que tenga interés en contribuir por su parte á contrarrestar la perniciosa influencia que hoy está ejerciendo el periodismo impio y escandaloso entre las clases más pobres, y por tanto más necesitadas de la luz y de la verdad.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2 50
Un cuarto id.	1	1 25

Por medio de correspondencia 25 céntos. de peseta mas por acción.

Suscripción á un solo número 6 reales al año.

Corresponsales: en Madrid, Administración de la Semana Católica, Villanueva, 5. bajo. En el resto de la Península, todas las librerías católicas.

En Cuba, M. Fuentes y Comp.^ª. Librería «La Historia» Remedios. La correspondencia á la Dirección de este periódico cañe de Bellot. num. 2.

Imprenta de Cornelio Pavá, calle Mayor, 57.